

25 AÑOS DEL PROCESO DE BARCELONA: LECCIONES DEL PASADO, ACCIONES PARA EL FUTURO

CRISTINA GALLACH

Secretaria de Estado de Asuntos Exteriores y para Iberoamérica y el Caribe

Acabamos de celebrar veinticinco años del Proceso Euro Mediterráneo de Barcelona. El legado de la Declaración de Barcelona sigue siendo un hito histórico que marcó el comienzo de una auténtica asociación reforzada entre Europa y el sur del Mediterráneo para promover la paz, la libertad y el progreso, coincidiendo con nuestra presidencia de la UE.

El carácter histórico de aquella ocasión vino dado no sólo por el número y variedad de sus protagonistas, sino también por el espíritu de concordia y la visión de un futuro en común que la hicieron posible.

Ello permitió acordar una ambiciosa declaración política y un programa de trabajo muy detallado para convertir el Mediterráneo en un espacio de paz y estabilidad, de prosperidad compartida y de respeto e intercambios mutuamente enriquecedores en los ámbitos humano y cultural.

25 años más tarde, Barcelona nos ha brindado la oportunidad de reflexionar y hacer balance conjuntamente con nuestros socios para demostrar que la unión hace verdaderamente nuestra fuerza y que somos capaces de utilizar el valor añadido que nos proporciona la

Unión por el Mediterráneo (UpM) y la Política Europea de Vecindad, para hacer frente a los grandes problemas que hoy afectan a nuestro común espacio euro-mediterráneo.

Sin duda alguna, la ministerial de la UE-Vecindad Sur y el V Foro Regional de la Unión por el Mediterráneo los pasados 26 y 27 de noviembre han servido para constatar una serie de cosas íntimamente relacionadas entre sí.

Por una parte, la crisis sistémica sin precedentes que atraviesa el Mediterráneo. Una crisis de gobernanza agravada por los efectos de la pandemia. Si no nos enfrentamos resueltamente con esa crisis, corremos el riesgo de encontrarnos con un Mediterráneo convertido en línea de fractura entre diversos mundos cada vez más ensimismados y alejados entre sí.

Por otra parte, nos urge la necesidad de identificar bien los ámbitos en que tenemos que concentrar nuestros esfuerzos. La mejor manera de enfrentarnos al complejo contexto actual es extraer todo el potencial de las herramientas existentes de las que ya disponemos para relanzar la política euro-mediterránea en su doble dimensión: la bilateral, a través de la Política Europea de Vecindad; y la multilateral, a través de la Unión por el Mediterráneo.

Para la dimensión bilateral, Barcelona 2020 ha sido el primer paso. Hemos escuchado y sabemos lo que quieren nuestros socios. Las conclusiones del Consejo Europeo y la Comunicación conjunta del Servicio de Acción Exterior/Comisión Europeo nos proporcionará la hoja de ruta para los próximos años.

En cuanto a la dimensión multilateral, Barcelona 2020 nos ha recordado que la Unión por el Mediterráneo no es un foro para resolver

conflictos, sino para el diálogo y la cooperación en proyectos concretos que mejoren la vida de los ciudadanos y contribuyan a crear una atmósfera que permita resolver los conflictos en los foros que les son propios.

Estas dos reflexiones nos ayudan a dejar atrás la llamada fatiga mediterránea y sustituirla por un renovado impulso político que nos lleve a recuperar lo que en 1995 se dio en llamar el “espíritu de Barcelona” caracterizado por su visión estratégica de analizar los desafíos de aquel momento con respuestas concretas a los mismos. Ese espíritu nos debe servir para actualizar los desafíos del momento actual, muy distintos a los de hace veinticinco años, con propuestas eficaces dirigidas a la acción que promuevan el diálogo.

Para ello hay que identificar bien los ámbitos en que tenemos que concentrar nuestros esfuerzos, que a mi modo de ver son tres:

Primero. La realidad actual cuenta con problemas mucho más abundantes y complejos que los que teníamos en 1995. Hoy nos encontramos con un panorama de crisis multifacética y sistémica en la que confluyen una emergencia sanitaria sin precedentes, conflictos bélicos y políticos, disputas por los recursos energéticos, crecientes diferencias económicas y sociales, tensiones migratorias convertidas ya en un fenómeno estructural, la amenazas del terrorismo, el rebrote de fenómenos como el populismo, la xenofobia y el nacionalismo, y desafíos medioambientales de primer orden que ponen en riesgo la sostenibilidad ecológica de nuestra región a medio plazo. Para ello, son cinco las áreas temáticas concretas en las que debemos concentrar nuestros esfuerzos: cambio climático y protección de la biodiversidad, desarrollo sostenible, economía azul, agenda digital e inclusión social, con especial atención a la situación de la mujer y al empleo juvenil.

Segundo. Se necesita una implicación real de los europeos no ribereños en los asuntos mediterráneos, pues en el mundo hiperglobalizado de nuestros días sería ceguera pensar que no les afectan o que les afectan de forma distinta que a los ribereños. La solidaridad de hecho de Robert Schuman y Jean Monnet deben estar en el centro del debate europeo ya que los desafíos y oportunidades de la ribera sur afectan a todos los países de la UE.

Tercero. El impulso a la integración sur-sur. La integración regional –el caso de la UE resulta paradigmático– contribuye a la estabilidad y a la paz y produce tasas de crecimiento suplementario sin las que no cabe dar una respuesta eficaz al desempleo y a las diferencias territoriales. No parece ocioso recordar que, pese a los progresos realizados, la integración regional en la vecindad sur sigue estando muy por debajo de su enorme potencial.

España y su política exterior no se pueden entender sin su dimensión euro-mediterránea. El vigésimo quinto aniversario de la Declaración de Barcelona nos ha servido para reiterar nuestra firme voluntad de seguir acercando nuestras sociedades, nuestras economías y nuestros sistemas políticos en un momento en el que la cooperación y el diálogo, bajo el respeto pleno al multilateralismo y a la Agenda 2030, son la única vía posible